EL PAN DE TU PALABRA

INTROCCIÓN

Señor, he leído despacio tu evangelio perteneciente al año 2007. Y te confieso que me ha despertado un mayor por tus enseñanzas. He querido también situar la reflexión contemplativa en el ambiente en el que te desenvolvías en tu predicación urgen y apremiante.

Espero que los lectores encuentren en el Pan de tu Palabra un motivo para amarte cada día y para hacer el apostolado que nos corresponde a todos y a cada uno.

CON AFECTO, FELIPE SANTOS, SALESIANO

MAYO 2007

1 mayo 2007

Jn 10,22-30

La fiesta de la dedicación del templo de Jerusalén tenía lugar a mitad de diciembre. Con tal solemnidad los judíos celebraban el aniversario de la purificación del templo realizada por Judas Macabeo (cfr 1Mac 4,36-59; 2Mac 10,1-8).

Los judíos escondían su intención hipócrita, al declarar tener el ánimo sospechoso; fingen tener el deseo sincero de conocer la verdad.

Jesús responde recurriendo a sus declaraciones precedentes, de las cuales se podían deducir fácilmente su mesianidad.

El, para invitar una vez más a sus adversarios a la fe, hace llamada al testimonio de sus obras extraordinarias realizadas en el nombre del Padre: ellas son la garantía divina de su mesianidad.

Los judíos no aceptan el testimonio divino de la sobras realizadas porque Jesús porque no son ovejas de Cristo: las ovejas de Cristo escuchan su voz, los judíos, por el contrario, no creen.

Las ovejas de Jesús se encuentran en manos seguras, porque son cuidas por el Padre y el Hijo, estas dos personas que viven en comunión y en intimidad perfecta, como dice Jesús: "Yo y el Padre somos la misma cosa" (v. 30). Las palabras de Jesús, al ser una sola cosa con el

Padre, se revelan escandalosas a los oídos de los judíos incrédulos.

En este texto Juan pone en la boca de Jesús tres afirmaciones que resaltan la identidad de las ovejas y sus características en relación con Cristo: escuchan su voz, lo siguen y no perecerán nunca.

La cualidad fundamental de quien está abierto a la fe es ante todo escuchado: "Quien escucha mi palabra y cree en aquel que me ha enviado tiene la vida eterna" (Jn 5,24). Quien escucha al Maestro tiene la vida y deviene su confidente. Y a su vez es conocido por él con una unión personal y profunda que se concreta en el amor (Jn 10,4).

Pero la escucha implica seguir a Jesús, y es acción y compromiso. Quien se fía de Jesús, que “tiene palabras de vida eterna” (Jn 6,68), goza de los bienes mesiánicos y da frutos de vida duradera (Jn 10,10-15; 14,6).

Además quien lo sigue estará custodiado por él (Jn 17,12), y ningún ladrón lo podrá robar y ninguna prueba o persecución lo vencerá porque Jesús, consciente de la misión, lo custodia y lo preserva de los peligros con la seguridad y la paz.

Sólo quien pertenece a la grey de Cristo reconoce en su palabra la cualidad de Mesías y de buen Pastor, que actúa en nombre del Padre, en unidad de acción y de amor. El creyente, a diferencia del que no es oveja de las ovejas de Cristo, y se siente cercano en su vida el Señor es quien le da seguridad, porque en él ve al Padre

que le da la vida eterna, que es cocimiento del Padre y del Hijo (Jn 6,40; 17,3.22).

2 mayo 2007

Jn 12,44-50

La incredulidad de los unos y la fe demasiado imperfecta de los otros dan a Cristo la ocasión para una última llamada. Grita que la fe en su persona es en realidad la vuelta a Dios: el objeto primario de la fe es el Padre que ha enviado al mundo a su Hijo Unigénito (Jn 5,24).

Jesús y el Padre forman una sola cosa, pues quien contempla a Jesús contempla al Padre que lo ha enviado (v. 45) y quien ve a Jesús ve al Padre (Jn 14,9).

Jesús es la luz de la humanidad que yace en las tinieblas (v. 46); él ha venido al mundo para revelar el amor del Padre y salvar a la humanidad pecadora (Jn 3,16-19). La liberación de las tinieblas del mal es fruto de la fe en Jesús. Pero esta fe no consiste en una escucha superficial, sino en la observancia de los mandamientos de Jesús (Jn 14,15. 21; 1Jn 5,2-3). Quien dice conocer a Cristo, pero no observa sus mandamientos, es un detractor (1Jn 2, 4).

Jesús no ha venido a condenar el mundo, sino a salvarlo (v. 47). Quien no acoge al Salvador, permanece privado de la salvación, se autoexcluye culpablemente de la salvación.

Quien no escucha de modo eficaz las revelaciones de Cristo, acogiendo sus palabras, muestra desprecio por el Hijo de Dios.

La consecuencia del rechazo de Cristo es el juicio de condena en el último día por parte de la Palabra reveladora (v. 48). La palabra de Jesús será el juez definitivo, porque el Verbo de Dios no ha traído su revelación personal, sino que ha manifestado la voluntad del Padre (v. 49). Jesús sigue el mandato del Padre, porque sabe que tal obediencia es fuente de vida eterna (v. 50). Es la palabra de Dios, es la manifestación viva de la vida del amor del Padre.

La última palabra del discurso final de la revelación pública de Jesús es el término *lalèin* (que significa “decir”) que se incluye con la expresión inicial”: "Al principio era el Verbo (*lògos*)" (Jn 1,1). Esta figura literaria quiere subrayar que uno de los términos centrales tratados en los primeros doce capítulos del evangelio de Juan es la manifestación de la vida divina para las obras del Verbo encarnado. El Hijo de Dios es el Verbo revelador que dice, expresa y revela al Padre.

3 mayo 2007

Jn 14,6-14

Del tema del viaje a la casa del Padre, Jesús con

naruralalidad pasa a hablar del camino. Para uniserse al Padre hay que pasar por el Hijo.

Tomás desea concreción y claridad en los discursos. Había entendido que Jesús hablaba de un camino en el sentido material del término, mientras que Jesús está hablando como medio para llegar a Dios, como instrumento para ponernos en contacto personal con el Padre. Por esta razón, en su réplica al apóstol, Jesús proclama que es el camino para ir a Dios.

Jesús proclama que es mediador para ponernos en contacto personal con el Padre. Ninguno puede llegar a Dios con las propias fuerzas ni puede servirse de otros mediadores. Las palabras de Jesús excluyen otra mediación fuera de la suya (v. 6).

Como ninguno puede ir a Cristo si no se lo concede el Padre (Jn 6,65), así ninguno puede unirse al Padre sin la mediación de Jesús.

Jesús proclama también que es la verdad y la vida. Se identifica con la verdad, es decir, se proclama la revelación personificada de Dios.

Las tres palabras, camino, verdad y vida se aplican a Cristo para indicar sus funciones específicas de mediador, revelador y salvador. Jesús es la única persona que pone en relación con el Padre, que manifiesta de modo perfecto la vida y el amor de Dios por la humanidad y comunica al mundo la salvación que es la vida de Dios.

Solo Jesús puede conducir al hombre a Dios, porque solo vive en el Padre y el éste vive en él. Por eso quien conoce a Jesús conoce también al Padre y quien ve a Jesús ve también al Padre.

La intervención de Felipe se refiere a la pregunta de Moisés dirigida al Señor: "Muéstrame tu gloria" (Es 33,18). Jesús le responde que él vive en el Padre (vv. 9-10). El apóstol debería haber sabido que Jesús es una sola cosa con el Padre (Jn 8,24.28.58; 10,30.38; 13,13). Por consiguiente, viendo a Jesús se ve al Padre (v. 9).

Dada esta inminencia mutua del Padre y del Hijo, las palabras dichas por Jesús son en realidad pronunciadas por el Padre que mora en él y las obras realizadas por él son hechas por el Padre (v. 10).

La inmanencia del Padre en el Hijo puede aceptarse sólo por la fe, por esto Jesús exhorta a los discípulos a que crean en esta verdad, sin otro motivo que las obras extraordinarias realizadas por él.

Jesús a menudo invita a la fe pura, basada en su palabra (Jn 4,21.48; 6,29), por la que proclama feliz a quien cree sin haber visto (20,29). Sin embargo hace llamada también a la prueba divina de as pruebas maravillosas y extraordinarias realizadas en el nombre de Dios, para dar autenticidad a su misión divina, invitando a sus oyentes a creer al menos por esta razón (Jn 5,36; 10,25.37-38; 11,15). Por este motivo el pecado de la incredulidad de los judíos no tiene excusa (Jn 15,24).

En el v. 12 Jesús emplea la expresión solemne: "En verdad, en verdad os digo" para llamar la atención sobre la importancia del argumento tratado. Asegura a sus amigos que, si creyeran en su persona divina, podrán cumplir o hacer obras maravillosas y signos extraordinarios. La motivación de esta posibilidad de hacer obras excepcionales está en el hecho de que Jesús vuelve al Padre, junto al cual oirá las cosas que los discípulos pidan (v. 13).

Para que la oración se oiga, debe hacerse en el nombre de Jesús, movidos por la fe en la mediación del Hijo de Dios. Jesús no deja sin respuesta las oraciones de sus amigos (v. 14).

4 mayo 2007

Jn 14,1-6

Jesús retoma el argumento de su inminente partida exhortando a sus discípulos a la confianza, porque él se va a preparar un puesto en le reino del Padre y después volverá a cogerlos para llevárselos consigo.

Los discípulos pueden probar angustia y tristeza por la separación del Maestro, pero Jesús los previene informándoles que su lejanía será temporal.

La "casa del Padre" indica el estado feliz de íntima unión en el que vive Dios con su familia.

En esta casa mora por derecho el Hijo (Jn 8,35), el cual puede preparar puestos para sus amigos: en ella "hay muchas moradas" (v. 2). El estado de la felicidad consiste en estar con el Cristo glorioso.

Del tema del viaje a la casa del Padre, Jesús, con naturalidad, pasa a hablar del camino (v. 4). Para llegar al Padre es preciso pasar por el Hijo.

Tomás desea concreción y claridad en sus discursos. Entendió que hablaba de un camino en el sentido material del camino, mientras que Jesús está hablando del camino como medio para llegara Dios, como instrumento para ponerse en contacto personal con el Padre. Por esta razón, en su réplica al apóstol, Jesús proclama que es el camino para ir al Padre.

Jesús proclama que es el mediador para ponernos en contacto personal con Dios Padre. Ninguno puede llegar al Padre con sus propias fuerzas, ni puede servirse de otros mediadores. Como ninguno puede ir a Cristo, si no se lo concede el Padre (Jn 6,65), así ninguno puede unirse al Padre sin la mediación de Jesús (v. 6).

Jesús proclama también que es la verdad y la vida. Los sustantivos camino, verdad y vida se aplican a Cristo para indicar sus tres funciones específicas de mediador, revelador y salvador.

Jesús es la única persona que pone en relación con el Padre, que manifiesta de modo perfecto la vida y el amor por la humanidad, y comunica al mundo la salvación que es la vida de Dios. Sólo Jesús puede llevar al hombre a Dios, porque sólo él vive en el Padre y el Padre en él.

5 mayo 2007

Jn 14,7-14

Sólo Jesús puede llevar al hombre a Dios, porque sólo él vive en el Padre y el Padre vive en él. Por eso quien conoce a Jesús también conoce al Padre.

La intervención de Felipe hace referencia a la pregunta de Moisés dirigida al Señor: "Muéstrame tu gloria" (Es 33,18). Jesús le responde que él vive en el Padre (vv. 9-10). El apóstol debía haber sabido que Jesús es una sola cosa con el Padre (Jn 8,24.28.58; 10,30.38; 13,13). Por consiguiente, viendo a Jesús se ve al Padre (v. 9).

Dada esta mutua inmanencia del Padre y del Hijo, las palabras dichas por Jesús en realidad se pronuncian por el Padre que mora en él y las obras por él realizadas las hace el Padre (v. 10).

La inmanencia del Padre en el Hijo puede ser aceptada sólo por la fe, por esto Jesús exhorta a los discípulos a que crean en esta verdad o al menos que crean en la sobras maravillosa que realiza.

Jesús a menudo invita a la fe pura, basada en su sola palabra (Jn 4,21.48; 6,29), por la que proclama feliz al que cree sin haber visto (20, 29). Sin embargo llama también a la prueba

divina de las obras maravillosas extraordinarias realizadas en el nombre de Dios, para dar autenticidad a su misión divina, invitando a sus oyentes a creer al menos por esta razón (Jn 5,36; 10,25.37-38; 11,15). Por este motivo el pecado de incredulidad de los judíos no tiene excusas (Jn 15,24).

En el v. 12 Jesús emplea la expresión solemne: "En verdad, en verdad os digo" para llamar la atención sobre la importancia del tema tratado. Asegura a sus amigos que, creyendo en su persona divina, podrán hacer obras maravillosas y signos extraordinarios. La motivación de esta posibilidad de hacer obras maravillosas está en el hecho de que Jesús vuelve al Padre, junto al cual serán oídas sus peticiones (v. 13).

Para que la oración sea oída, debe hacerse en el nombre de Jesús, movidos por la fe en la mediación del Hijo de Dios. Jesús no deja sin respuesta las oraciones de sus amigos (v. 14).

6 mayo 2007

Jn 13,31-35

Apenas salió el traidor, Jesús abre el corazón a sus amigos que lo rodean. El es consciente de que está en la vigilia de su muerte y por esto se apresura en explicar el verdadero significado de su partida de este mundo. Su muerte en cruz no

es su fracaso, sino su triunfo, su glorificación y su retorno al cielo.

Jesús no ve nunca los acontecimientos de su vida terrena en la óptica de la eternidad y ve la pasión como el acto de la máxima glorificación que hará al Padre. Jesús glorifica a Dios como Hijo. En la cruz Cristo será glorificado en su persona, porque será conocido en toda su gloria mediante la fe. El Padre lo glorificará con la resurrección y el envío del Espíritu.

El apelativo “hijitos”, empleado por Jesús, expresa todo el amor y la confianza por sus discípulos. Advierte a sus amigos que está para dejarlos. Y ellos, que buscarán seguirlo, no será posible por ahora: lo seguirán más tarde.

Jesús cambia su deseo con un don que permitirá unirlo en su gloria: el don del mandamiento del amor: "Os doy un mandamiento nuevo: amaos unos a otros, como yo os he amado" (v. 34).

La observancia del mandamiento que Jesús dejó a su comunidad es el distintivo que la cualifica. El mandamiento del amor guía la existencia del creyente, que se funda en el amor; quien ama al hermano vive, porque el amor es vida y realización de sí.

El amor a los hermanos, en realidad, es un precepto antiguo (cfr Lv 19,18), pero Jesús lo vuelve a proponer con una novedad inaudita. El mandamiento es nuevo porque es corazón y la síntesis de la nueva alianza, fundada en el amor

de Jesús por la humanidad. Es “nuevo” porque reproduce en el mundo el amor que Cristo nutre por los suyos de modo siempre extraordinario. Es “nuevo” porque es signo y anticipo de los “cielos nuevos y de la tierra nueva”.

El amor del prójimo, que Jesús enseña, tiene como norma y modelo él mismo. En el Antiguo Testamento el amor del prójimo se mide por el amor a sí mismos: "ama al prójimo como a ti mismo" (Lv 19,18). En el Nuevo Testamento, por el contrario, la caridad fraterna se mide por el ejemplo y por el modelo del amor de Jesús a nosotros: "amaos unos a otros como yo os he amado" (v. 34).

Para Jesús el motivo y la medida del amor recíproco entre los hermanos debe medirse por su amor a nosotros, siempre nuevo, profundo, gratuito, como alianza que Dios revela amando al hombre y al mundo (cfr Jn 3,16; Jer 31,31; Ez 34-37).

El amor que Jesús deja a la comunidad cristiana es el amor mismo que el Padre tiene por él. El Señor pide a todo discípulo un amor a la medida del Padre. Los discípulos deben prolongar la revelación del amor del Padre en Jesús por los hermanos.

La comunidad cristiana es tal solo si practica el mandamiento nuevo del amor fraterno, porque es la caridad que conquista los corazones y los abre a la verdad. Tertuliano escribió: "Ha sido sobre todo la práctica del amor e imprime en nosotros casi un marco de fuego a los ojos de los paganos: ‘mirad cómo semana’ dicen (mientras ellos se odian entre sí), ‘y cómo estás dispuestos a dar la vida el uno por el otro” (mientras ellos

prefieren matarse entre sí)" (*Apologeticum*, 39: PL 1, 534).

El mandamiento nuevo no es sólo distintivo de pertenencia a Cristo, sino que es también la vuelta del Señor resucitado y vivo en la Iglesia: "Carísimos, si Dios nos ha amado, nosotros debemos amarnos los unos a los otros los unos a los otros. Ninguno ha visto nunca a Dios; si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y su amor es perfecto en nosotros" (1Jn 4,11-12).

7 mayo 2007

Jn 14,21-26

El amor por la persona de Jesús se demuestra guardando sus preceptos, es decir, acogiendo la palabra de Cristo, haciéndola penetrar en el corazón y guardándola celosamente. El verdadero, que demuestra amar a Jesús concretamente, será objeto de un amor especial del Padre y del Hijo. Este amor de cristo por sus amigos tendrá como un objeto una especial manifestación (v. 21). Este lenguaje misterioso provoca la intervención de Judas, no el Iscariote, el cual pide explicaciones. Revela la mentalidad de los judíos en mérito a la manifestación del Mesías. Los hebreos esperaban al Mesías que debía hacer su comparsa de modo espectacular para revelarse ante todos como rey de Israel y que habría conducido la revuelta nacional contra los dominadores paganos e instaurado definitivamente el reino de Dios.

La respuesta de Jesús, a primera vista parece ignorar la pregunta de Judas, pero en realidad es la respuesta más profunda a la pregunta del apóstol. Jesús aclara que su manifestación a sus amigos no tendrá un modo espectacular y externo, sino que se realizará en lo íntimo de las conciencias, con su venida junto con la del Padre al corazón de los discípulos (v. 23). El reino de Jesús no es de carácter político, no tiene origen en este mundo, sino que se instaura con la asimilación de la verdad (Jn 18,36-37), observando su palabra (v. 23). Con tal interiorización de la revelación de Cristo, los discípulos se han quedado en el templo de Dios, hospedarán a las personas del Padre y del Hijo.

Jesús se manifestará realmente a sus amigos que lo aman concretamente porque volverá a ellos y habitará por siempre en sus corazones (v. 20), asume al Padre (v. 23) y al Espíritu de la verdad (v. 17).

Jesús pone en relación su revelación con la acción del Espíritu Santo. El, permaneciendo junto a sus amigos, ha revelado la palabra de Dios (v. 25), pero ellos no han entendido ni ha penetrado en su corazón la verdad; de aquí la necesidad de intervención del Espíritu. Por tanto no sólo Jesús, sino también el Espíritu es maestro de fe: enseñará todo a los creyentes. El Espíritu no ejercerá una función didáctica prescindiendo de la revelación de Jesús, pero recordando a los discípulos las palabras de Jesús (v. 26) e introduciéndolos en la verdad completa (Jn 16,13).

Este es el primer relato del evangelio de Juan que habla contemporáneamente del Padre, del

Hijo y del Espirito Santo. Estas tres personas divinas no se consideran de modo abstracto, sino en su relación con los discípulos de Jesús. El Padre, el Hijo y el Espíritu habitan en los cristianos que guardan la palabra del Señor (vv. 18.23). Esta verdad debe inspirar profundamente la espiritualidad cristiana.

8 mayo 2007

Jn 14,27-31a

Jesús, después de haber hablado del Espíritu, da a sus discípulos su paz. Sintetiza la plenitud de los bines mesiánicos y se diferencia de la del mundo que es efímera (Jn 16,20). Inundado por la paz de Cristo, el corazón de los creyentes no debe turbarse o espantarse por la próxima partida del Maestro, porque volverá a ellos (vv. 27-28).

Los discípulos no deben entristecerse, sino alegrarse porque Jesús viene del Padre que es más grande que él. En realidad el Padre es más grande de todos (Jn 10,29),incluso que el Hijo, porque es la fuente del ser, de la vida y de la acción del Hijo y de todas las criaturas (Jn

5,19ss). El es el ideador de la historia y de la salvación.

Jesús informa por anticipado a sus amigos de su partida para favorecerles la fe cuando esto suceda (v. 29). Los acontecimientos finales de la vida terrena de Jesús están concluyendo: el Revelador está ya al final de su misión. El príncipe de este mundo ha desencadenado ya su última ofensiva (v. 30). Puede dominar a los hombres y servirse de ellos como satélites, pero no tiene ningún poder sobre Cristo. Con la exaltación de Cristo, el demonio ha sido derrotado y destronado (Jn 12,31), ha sido juzgado y condenado (Jn 16,11).

Jesús debe demostrar su amor por el Padre, siguiendo su plan de salvación que exige su sacrificio, por eso debe aceptar el desafío de la cruz que es la victoria efímera del príncipe de este mundo.

Haciendo la voluntad del Padre, sometiéndose espontáneamente a su pasión dolorosa, Jesús muestra a la humanidad hasta tal punto ama al Padre (v. 31). Esto parece el único paso del evangelio de Juan en el cual se habla del amor de Jesús para el Padre.

9 mayo 2007

Jn 15,1-8

En este relato Jesús les dice a sus amigos que permanezcan con él, en su amor para llevar mucho fruto y para gozar la alegría en plenitud. La expresión dominante de este texto es “permanecer en él”. Lo repite siete veces.

Jesús se presenta como la vid de la verdad: de este modo afirma ser el Cristo, el profeta definitivo esperado por los hebreos y la fuente de la revelación plena y perfecta.

En el Antiguo Testamento la vid simbolizaba al pueblo de Israel. El salmo 80 canta la historia del pueblo de Dios empleando la imagen de la vid que Dios ha trasplantado de Egipto a Palestina, después de haber preparado el terreno.

La presentación del Padre, como el agricultor que cultiva la vida identificada con Jesús, reclama el canto de amor de Isaías 5,1-7 en el cual el Señor se describe como el viñador que cuida la casa de Israel.

La vid-Jesús produce numerosos sarmientos; no todos sin embargo dan fruto. Llevar fruto depende de la relación personal del discípulo con Jesús, de la unión íntima con Cristo. La obra purificadora de Dios en los discípulos de Jesús tiene como fin una fecundidad mayor.

Dios purifica a los discípulos del mal y del pecado por medio de la palabra de Jesús. Para Juan la purificación está ligada a la palabra de Cristo, es decir, la adhesión por medio de la fe a su revelación.

Jesús habla de la mutua inmanencia entre él y sus amigos. En el paso final del discurso de Cafarnaún, había hecho depender esta comunión perfecta entre él y los discípulos por comer su carne y beber su sangre (Jn 6,56). La finalidad de la comunión íntima con Jesús, el fruto que cada sarmiento debe llevar es la salvación.

El hombre separado de Cristo, que es la fuente de la vida, se encuentra en la incapacidad de vivir y obrar en la vida divina.. Sin la acción del Espíritu Santo es imposible entrar en el reino de Dios (Jn 3,5); sin la atracción del Padre, ninguno puede ir a Cristo y creer en él (Jn 6,44.65).

Como el mundo incrédulo se encuentra en la incapacidad total de creer (Jn 12,39) y recibir al Espíritu de la verdad (Jn 14,17), así los discípulos, sino permanecen unidos a Cristo, no pueden hacer nada en el plano de la fe y de la gracia (v. 5).

Quien no permanece en Cristo, vid de la verdad, no sólo es estéril, sino que sufrirá la condena del juicio final (v. 6).

Una consecuencia benéfica de permanecer en Jesús es la oración de los discípulos por parte del Padre. La unión íntima y profunda con Jesús hace muy fecundos en la vida de fe y capaces de glorificar a Dios Padre (v. 8).

10 mayo 2007

Jn 15,9-11

Como el Padre ama al Hijo, así el Hijo ama a su discípulos y, justo porque los ama con un amor tan grande, les insiste en que se queden con él, en su amor.

Jesús explica cómo se permanece concretamente en su amor: observando sus mandamientos. Esto es, viviendo su palabra. Cristo se presenta como modelo: él ha guardado los preceptos del Padre y por eso vive íntimamente unido a él.

Jesús se revela como la vid verdadera, esto es, como la fuente de la revelación y de la salvación mediante la manifestación de la vida de amor del Padre para inundar de paz, alegría plena y de felicidad profunda el corazón de sus amigos.

Los preceptos dados por Jesús a sus discípulos son muchos, pero su mandamiento específico, que los contiene a todos, es uno solo: el amor derramándose entre sus discípulos.

11 mayo 2007

Jn 15, 12-17

Los preceptos dados por Jesús a sus discípulos son muchos, pero su mandamiento específico que los encierra a todos, es uno solo: el amor entre los discípulos.

El elemento distintivo característico del amor fraterno entre los discípulos es su medida y su modelo: "Como yo os he amado" (v. 12). Cristo se presenta como el ejemplar del amor fuerte y heroico, hasta el vértice supremo (Jn 13,1.34) y como el fundamento de este amor: es él quien lo hace posible al hombre. De hecho la pequeña parte “como” (*kathòs*) indica no sólo un parangón, sino también la base sobre la cual se apoya la conducta del discípulo (Jn 6,57; 13,15).

Jesús puede dar con eficacia su mandamiento por que es él el Maestro del amor y se lo ofrece a los amigos la obra suprema con el sacrificio de la vida (v. 13). El don de la vida por los amigos constituye el signo más elocuente del amor fuerte y concreto.

El amor de dios se manifiesta con el don de su Hijo unigénito (Jn 3,16; 1Jn 4,9-10). El amor de Dios es experimental y concreto. El amor de los discípulos debe ser también concreto y comprometido.

El amor auténtico por el Señor se demuestra observando sus mandamientos (1Jn 2,4-5). Quien no vive la palabra de Cristo, que prescribe el amor por los hermanos, no puede amar a Dios (1Jn 4,20-21).

Jesús considera amigos a sus discípulos porque los ha hecho partícipes de los secretos de su vida divina (v. 15). El les ha revelado el nombre, es decir, la persona del Padre y por tanto los he hecho partícipes de la vida divina revelando y

comunicando la vida del Padre (Jn 8,26.40). Esta relación de amor no es fruto de una elección de los discípulos, sino que es don, y gracia.

Los apóstoles, y después todos sus creyentes, han sido elegidos por Cristo para ser sus amigos y sus misioneros (v. 16).

Jesús preanuncia la fecundidad apostólica de sus amigos. Una de las consecuencias importantes de esta unión fructuosa con Cristo es la explosión de su riqueza al Padre, hechas en el nombre de Jesús (v. 16).

12 mayo 2007

Jn 15,18-21

Jesús, después de haber hablado del amor y de la amistad, trata un tema antitético, el del odio. Los discípulos deben amarse fraternalmente como Cristo los ha amado; ellos serán odiados por el mundo porque son amigos de Jesús. Como el mundo ha odiado y perseguido a Cristo, así odiará y perseguirá a sus discípulos.

El mundo, en cuanto personificación del mal, odia la luz (Jn 3,20), lucha contra el Verbo-luz (Jn

1,5.10), porque prefiere las tinieblas a la luz (Jn 3,19).

Este mundo tenebroso, en poder del maligno (1Jn 5,19), odia a Cristo (Jn 7,7),pero con la glorificación de Jesús es condenado (Jn 12, 31) y será convencido del pecado por el Espíritu Santo (Jn 16,8).

El mundo hostil a Jesús odia también a sus discípulos; ellos experimentarán tribulaciones, pero no deben espantarse, porque Cristo ha vencido al mundo. Los cristianos participan en esta victoria mediante la fe (1Jn 5,4).

En el evangelio de Juan, el mundo satánico, en concreto, está representado por los judíos, los jefes del pueblo que persiguen a Cristo (Jn 5,16) e intentan matarlo (Jn 5,18). Aquellos odian a Jesús y por consiguiente odian también al Padre (Jn 15,23-24).

La razón profonda de este odio contra los discípulos está en el hecho de que ellos no pertenecen al mundo de Satanás, pero al nuevo pueblo de Dios, porque Dios los ha elegido por gracia.

Para ilustrar la razón de este odio del mundo, Jesús recorre al dicho ya empleado en el contexto del Lavatorio de los pies para enseñar la necesidad de imitar su ejemplo en el humilde servicio de los hermanos (Jn 13,16). Esta máxima es aquí utilizada para informar a los discípulos sobre la inestabilidad de las persecuciones. Pero los discípulos, perseguidos por causa de la justicia, es decir, por motivo de la

persona de Cristo deben considerarse, deben considerarse felices (Mt 5,10-11).

La razón profunda de este odio contra los amigos de Jesús es su pertenencia al Señor. Los cristianos se unen al hombre-Dios, por esto serán hostigados por aquellos que se oponen al reino de Cristo. Este ataque hostil de los enemigos de Cristo es debido a la ignorancia en los encuentros con Dios.

No sólo los paganos, sino también los judíos que persiguieron a Cristo y a sus discípulos, en realidad no conocen al Padre (Jn 17,25). Los enemigos de Cristo, al matar a los cristianos, pensarán dar gloria a Dios: Ellos se comportarán así porque no han conocido ni l Padre ni a Jesús (Jn 16,3).

13 mayo 2007

Jn 14,23-29

Jesús aclara a sus discípulos que su manifestación a los discípulos no tendrá nada de espectacular, sino que se realizará en lo íntimo de las conciencias, con su venida junto al Padre al corazón de los creyentes (v. 23). El reino de cristo no es de carácter político, sino que se instaura con la asimilación de la verdad (Jn 18,36-37), observando su palabra (v. 23).

Con esta interiorización de la revelación de Cristo, se han quedado en el templo de Dios, hospedarán a las personas del Padre y del Hijo. Jesús se manifestará realmente a sus amigos que lo aman concretamente, porque volverá a ellos y habitará en su corazón (Jn 14,20), junto al Padre (v. 23) y al Espíritu de la verdad (Jn 14,17).

En el v. 24 Jesús dice una verdad ya anunciada antes (v. 10): su palabra, escuchada por los discípulos, en realidad es del Padre que lo ha enviado.

Jesús pone en relación su revelación con la acción del Espíritu Santo. El Maestro, al quedarse con sus discípulos, ha revelado la palabra de Dios (v. 25). Pero ellos no han entendido ni he hecho penetrar en el corazón la verdad: de aquí la necesidad de la intervención del Espíritu Santo. Por tanto no sólo Jesús, sino también el Espíritu Santo es maestro de fe: enseñará todo al creyente.

El Espíritu Santo no ejercerá una función didáctica prescindiendo de la revelación de Jesús, sino que recordará a los discípulos las palabras del Maestro (v. 26) y los llevará a la verdad entera (Jn 16,13).

Después de haber hablado del Espíritu Santo, Jesús da a los discípulos su paz (v. 27). Esta sintetiza la plenitud de los bienes mesiánicos y se diferencia de la del mundo que se manifiesta en la alegría efímera del placer y del éxito (Jn 16, 20).

Inundado por la paz de Cristo, el corazón de los creyentes no debe turbarse por la próxima

partida de Jesús, porque él volverá a ellos (vv. 27-28). Los discípulos no deben entristecerse, sino alegrarse porque Jesús va al Padre que es más grande que todos (Jn 10,29), también del Hijo, porque es la fuente del ser, de la vida y de la acción de Cristo y de todas las criaturas (Jn 5,19ss). El es el que idea y el artífice de la historia de la salvación

Jesús informa por anticipado a sus amigos de su partida para favorecer su fe cuando esto suceda (v. 29).

14 mayo 2007

Jn 15,9-17

Como el Padre ama al Hijo, así el Hijo ama a sus discípulos y, justamente porque los ama con un amor tan grande, le dice que permanezcan con él.

Jesús explica cómo se queda concretamente con su amor: observando sus mandamientos, esto es, viviendo su palabra. Cristo se presenta como modelo: él guardado los preceptos del Padre y por eso vive íntimamente unido a él.

Jesús se revela como la vid de la verdad, esto es como la fuente de la revelación y de la salvación mediante la manifestación de la vida del amor del Padre para inundar de paz, alegría plena y de felicidad profunda el corazón de sus amigos.

Los preceptos dados por Jesús a sus discípulos son muchos, pero su mandamiento específico, que los cierra, es uno solo: el amor entregado a sus discípulos.

El elemento distintivo característico del amor fraterno entre los discípulos es su y su modelo: "Como yo os he amado" (v. 12). Cristo se presenta como el ejemplar del amor fuerte y heroico, hasta el vértice del supremo (Jn 13,1.34) y como fundamento de este amor: es el que lo hace posible al hombre. De hecho la pequeña parte “como” (*kathòs*) indica no sólo en un parangón, sino también la base sobre a que se apoya el comportamiento del discípulo (Jn 6,57; 13,15).

Jesús puede dar con eficacia su mandamiento porque él es el Maestro del amor y hace objeto de ello cuando se lo ofrece a los amigos la prueba suprema con el sacrificio de la vida (v. 13). El don de la vida por los amigos constituye el signo más elocuente del amor fuerte y concreto

El amor de Dios se ha manifestado en el don de su Hijo unigénito (Jn 3, 16; 1Jn 4,9-10). El amor de Dios es experimental y concreto. El amor de los discípulos debe ser también concreto y empeñativo.

El amor auténtico por el Señor se demuestra observando sus mandamientos (1Jn 2,4-5). Quien no vive la palabra de Cristo, que prescribe el amor por los hermanos, no puede amar a Dios (1Jn 4,20-21).

Jesús considera amigos a sus discípulos porque los ha hecho partícipes de los secretos de su vida divina (v. 15). El ha revelado su nombre, esto es la persona del Padre y por tanto los ha hecho partícipes de la vida de dios revelando y comunicando su vida del Padre (Jn 8,26.40). Esta relación de amor no es fruto de una elección de los discípulos, pero es don, es gracia.

Los apóstoles, y después de ellos a todos los creyentes, han sido elegidos por Cristo para ser sus amigos y sus misioneros (v. 16).

Jesús preanuncia la fecundidad apostólica de sus amigos. Una de las consecuencias importantes de esta unión fructuosa con Cristo es la respuesta a las peticiones dirigidas al Padre y hechas en nombre de Cristo (v. 16).

15 mayo 2007

Jn 16,5-11

Jesús está para volver al Padre y siente la necesidad de prevenir a los apóstoles de las tentaciones de desaliento y apostasía. En tales circunstancias dolorosas los discípulos experimentarán angustias y sufrimiento, semejantes a los dolores del parto, pero su tristeza se transformará en alegría cuando Jesús vuelva a llevárselos consigo (Jn 16,21-22). Esta

felicidad se degustará parcialmente con ocasión de la aparición del Resucitado a los Doce (Jn 20,20).

El corazón de los discípulos no debe turbarse por el anuncio de la partida de Jesús porque él volverá a ellos mediante su Espíritu. La función del Espíritu Santo consiste en convencer al mundo de pecado, justicia y juicio. Proporcionará a los discípulos, en lo íntimo de su conciencia, la prueba irrefutable del grave delito cometido por el mundo incrédulo, rechazando la revelación de Jesús y matándolo

El Espíritu convencerá al mundo de pecado porque no cree en Jesús: el pecado del mundo es la incredulidad. Convencerá al mundo de la justicia porque Jesús ha vuelto al Padre y porque mostraré que el paso de Jesús de este mundo al Padre no es un fracaso, sino el triunfo de Cristo en el mundo que lo ha crucificado pensando acabar con él para siempre.

El Espíritu de la verdad hará justicia a Jesús haciendo ver el proceso injusto por el cual Cristo ha sido condenado inicuamente, y la sentencia se convertirá en su favor. La muerte de Cristo en lz constituye su vuelta gloriosa junto a Dios, su entrada triunfal en la gloria del Padre.

El Espíritu convencerá al mundo de juicio “porque el príncipe de este mundo es “juzgado”. Con la revisión del proceso de Jesús en lo íntimo de sus conciencias, el Espíritu de la verdad mostrará a los discípulos, en su fe, que el responsable principal de la pasión y muerte de Cristo, el diablo, ha sido justificado y condenado cuando parecía que hubiese reportado la victoria completa de Jesús haciéndolo morir.

El príncipe de este mundo ha sido expulsado fuera de este mundo con la exaltación del Hijo de Dios (Jn 12,31).

16 mayo 2007

Jn 16,12-15

Jesús quiere comunicar a los discípulos otras revelaciones que ahora no son capaces de acoger porque el Espíritu Santo no ha llegado todavía a su fe.

Cuando Jesús opone su revelación actual en figuras y enigmas a la futura, abierta y clara, quiere referirse a la acción de su Espíritu que hace entender y penetrar en el corazón de la palabra.

El Espíritu de la verdad llevará a los creyentes toda la verdad entera que es Cristo, pero nos dará nuevas revelaciones. Su función específica consiste en hacer entender y vivir la palabra de Jesús, haciéndola operante en la existencia de los discípulos.

El Espíritu de la verdad glorificará a Jesús dándolo a conoce a los hombres, revelándolo a ellos como Hijo de Dios y suscitando en ellos la fe en su persona divina.

Entre Jesús y el Padre existe perfecta comunión de vida y perfecta unidad de acción. El Espíritu

recibirá de Cristo todos los bienes de la salvación, cuya fuente se halla en el Padre.

17 mayo 2007

Jn 16,16-20

Jesús habla de los últimos eventos de su vida terrena con expresiones tan enigmáticas que provocan el desconcierto en sus amigos, los cuales no logran entender sobre todo el sentido de las palabras “un poco”.

Jesús ya había empleado estas palabras en el primer discurso de la última cena (Jn 13,33; 14,19): mientras que sus enemigos dentro de poco no lo habrán visto, porque habrían participado en su vida.

Jesús está para volver al Padre que lo ha enviado (Jn 16,5): por tal razón los discípulos no podrán ver al Maestro, porque él está dejando definitivamente este mundo; pero sin embargo con la resurrección de la muerte, Jesús se hará ver nuevamente a sus amigos.

La pasión y muerte de Cristo provocará llanto y aflicción en el corazón de los discípulos, mientras que sus adversarios se alegrarán por la victoria conseguida. La tristeza de los discípulos duraré poco: se transformará en alegría cuando el Señor resucitado se les aparezca el día de Pascua (Jn 20,20).

18 mayo 2007

Jn 16,20-23ª

La pasión y muerte de Cristo provocará el llanto y la aflicción en el corazón de los discípulos, mientras que sus adversarios se alegrarán por la victoria conseguida. La tristeza de los discípulos durará poco: ella se transformará en alegría cuando el Señor resucitado aparezca el día de Pascua.

La situación de los amigos de Jesús durante su pasión y muerte será semejante a la de la parturienta, la cual después del parto experimenta una alegría tan grande que olvidará el dolor del parto.

Como la alegría de la maternidad hace olvidar los dolores del parto, así la vuelta del Señor resucitado entre los suyos será fuente de alegría tan grande y perfecta que ninguno podrá arrebatársela nunca a sus discípulos.

19 mayo 2007

Jn 16,23b-28

En el día de la resurrección los apóstoles no sentirán la necesidad de pedir explicaciones a Jesús a causad de sus numerosas preguntas sobre su inminente retorno al Padre (Jn 13,36-37; 14,15 ss; etc.) tendrán respuesta satisfactoria en el hecho, del todo inesperada, de la resurrección. Sin embargo si los discípulos hacen preguntas a sus demandas al Padre, estas se escucharán en el nombre del Hijo.

La oraciones de los cristianos serán escuchadas si están conformes con la voluntad del Señor (1Jn 5,14), porque Dios ama los amigos de Jesús (Jn 16,17). Por esta razón exhorta a sus discípulos a dirigir las súplicas al Padre en el nombre de Cristo para que su alegría sea plena y perfecta. Tal alegría perfecta se concederá a quien permanece en el amor de Cristo (Jn 15,11), a quien vive su palabra (Jn 17,13).

Jesús habla de una doble fase de la revelación: la actual "en enigmas" y la futura que será clara, abierta y manifiesta. La difícil y oscura revelación de Jesús será clara, abierta y manifiesta a los discípulos para la obra del Espíritu de la verdad.

Después de la glorificación de Jesús, los cristianos dirigirán sus peticiones al Padre en nombre de su Hijo. Tales súplicas serán infaliblemente escuchadas (Jn 14,13-14; 15,16) porque Dios ama a quienes creen en Jesús. El Padre ama a toda la humanidad (Jn 3,16), pero de modo especial las personas que aman a su

Hijo (Jn 14,21.23). En tal situación feliz no aparece ya necesaria la oración de intercesión al Señor Jesús son escuchadas por el Padre las peticiones de los creyentes, en cuanto a la mediación de Cristo va unido a su fin; unir a los discípulos de Dios.

Los Doce no aman a Jesús, pero han creído en su origen divino. Juan atribuye mucha importancia a este aspecto de la fe, porque lo considera un elemento fundamental del discípulo auténtico (Jn 17,8).

Jesús es consciente de su origen divino (Jn 6, 46; 7, 29) y con tal toma de conciencia da inicio a su pasión (Jn 13,3).El ha salido del Padre para venir al mundo, y ahora con su muerte gloriosa retorna al Padre que lo ha enviado (Jn 16,5).

20 mayo 2007

Lc 24,46-53

El misterio de Cristo se puede presentar solamente a través de las Escrituras. Sólo Dios conoce a su enviado, el camino que debe recorrer y la meta que debe reunir. Los secretos de Dios no se descubren a través de la reflexión y la sabiduría humana, sino sólo a través de su libre comunicación. Por esto recurre a las Escrituras no es facultativo, sino obligatorio para entender el plan de Dios y el camino de su Cristo.

La catequesis de Cristo se concluye con la misión de los Once a todas las naciones para que sean continuadores de su obra y testigos de

su resurrección. En ella están reunidos los artículos del kerigma apostólico: el anuncio de la muerte y resurrección de Cristo (v. 46), la predicación de la conversión para la remisión de los pecados (v. 47) y la función del testimonio (v. 48).

El anuncio evangélico comenzó con la predicación a la penitencia y a la remisión de los pecados y se cierra con el mismo tema (v. 47). Jesús ha dedicado su misión a la constante tentativa de destruir el mal de los hombres; ahora su obra debe continuar a través de sus enviados. Anunciando a los hombres el alegre mensaje del perdón de los pecados y de la paz plena con Dios, ellos no serán conquistadores, sino benefactores de la humanidad.

Pero antes de partir para la misión, la Iglesia deberá recibir el don del Espíritu Santo. Si los apóstoles son los continuadores y los testigos de Jesús, deben recibir la misma investidura de Jesús. El se conmovió tras haber recibido el bautismo en el Espíritu Santo (Lc 4,14); la misma cosa debe realizarse por los apóstoles.

Estos mensajeros de paz, que salen de Jerusalén para todo el mundo, serán corroborados por la fuerza del Espíritu. Su poder es la fuerza de la fe.

La ascensión se narra dos veces en Lucas, como conclusión del Evangelio y como inicio de los Hechos de los Apóstoles. El Señor no se aleja de los suyos. Estará siempre en camino con los peregrinos de la historia, como dos discípulos de Emaús.

Pero su presencia no será física, limitada en el espacio y en tiempo. Será espiritual, ilimitada doquiera y siempre. Antes era cercano a nosotros con su cuerpo, ahora está en nosotros con su Espíritu. Antes era visible con rostro, ahora es invisible y ha tomado nuestro rostro.

Su distancia no es ir lejano, sino elevarse allí donde puede reunir o sintetizar en sí todo horizonte. Unido al corazón del Padre, Jesús es cercano a todo hermano, porque todo hombre está en el corazón de Dios.

"Sacarlos fuera" (v. 50) indica la acción de Dios cuando libera a su pueblo. En la transfiguración, Moisés y Elías hablaban del éxodo de Jesús que estaba por cumplirse en Jerusalén (Lc 9,31). Ahora en la ascensión se cumple perfecta y definitivamente.

La vuelta de Jesús al Padre es la redención del cosmos, la vuelta de todo a aquel de quien ha salido. El cumplimiento del éxodo de Jesús sella el inicio del nuestro: mientras asciende al cielo, lleva fuera también a los discípulos.

En él también hemos resucitado, sentados en los cielos y glorificados (Fil 3,20; Col 3,3; Ef 2,6; Rm 8,30).

En Jesús que asciende al cielo conocemos completamente el misterio del hombre y de su cuerpo: Sepamos de dónde viene para que veamos a dónde va: viene del Padre de la vida y a él vuelve.

La glorificación de Jesús con su cuerpo es la realización de la fuerza más profunda que Dios ha colocado en el hombre: llegar a ser como Dios, venciendo la muerte. No es un sueño prohibido (Gen 3,4-5), sino el don definitivo de Dios.

Después Jesús nos ha bendecido con toda su vida, incluso nosotros podemos bendecir a Dios. El templo, habitación de Dios, es ahora estable habitación del hombre. El uno y el otro habitan juntos. Dios se hace morada del hombre y el hombre se convierte en morada de Dios. De este modo se escucha completamente la oración más verdadera y más profunda de cada creyente, su deseo de eternidad: "Una cosa he pedido al Señor, esta sola cosa busco: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para gustar la dulzura del Señor" (Sal 27,4).

21 mayo 2007

Jn 16,29-33

En este relato el leguaje de Jesús es juzgado claro por los discípulos. El hecho de que Jesús conozca todos los pensamientos antes de que los hayamos expresado suscita su profesión de fe en su omnisciencia y en s origen divino.

Ellos creen haber comprendido el secreto de la persona de Jesús y de poseer una fe adulta en Dios, pro el Maestro no se deja fascinar por esta profesión de fe, antes toma motivo de ella para

predecir el inminente defección de los discípulos durante su arresto: ellos no creen ya y volverán a sus intereses, y lo abandonan.

Jesús, sin embargo, a pesar del abandono de los discípulos, no se queda solo, porque está siempre unido al Padre: él es una sola cosa con el Padre (Jn 10,30.38).

Al término del discurso Jesús vuelve sobre el tema de la alegría y del sufrimiento de los discípulos para invitarlos a la confianza: la victoria final será de Cristo y de sus amigos.

Jesús ha vencido al mundo, desarmándolo con el amor: ha preferido la pobreza a las riquezas, a todos los honores la transparencia de la vida y la cruz. Ha elegido lo que cuenta en la vida y no en lo efímero.

"Tened confianza; he vendido al mundo". Con este grito de victoria termina el segundo y último discurso de Jesús en la última cena.

22 mayo 2007

Jn 17,1-11ª

Entre los dos largos discursos de despedida y la narración de la pasión, Juan inserta una oración solemne de Jesús al Padre. Esta oración se llama “sacerdotal” porque presenta a Jesús como sumo sacerdote que intercede por sus hermanos (1Jn 2,1-2; Rm 8,34; Heb 4,15; 7,25).

La oración de Jesús es secreta y está marcada por su “hora” (v. 1): la glorificación del Hijo, l protección paterna de los discípulos y la unidad de los creyentes.

El género literario de esta oración entra en los esquemas de los testamentos o discursos de despedida de los patriarcas (Dt 32 e 33, etc.). En este capítulo Jesús expresa sus dos últimas voluntades en forma de oración al Padre. El uso del verbo “quiero” (v. 24) confirma el valor de testamento espiritual de este capítulo.

La sublime oración del capítulo 17 cierra el evangelio de Juan antes de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Por su carácter poético forma una gran inclusión con el prólogo.

Cristo reza al Padre elevando los ojos al cielo como había hecho antes de resucitar a Lázaro (Jn 11,41); el cielo, en el lenguaje de los antiguos, se considera el lugar de la morada de Dios.

Jesús pide al Padre que glorifique al Hijo porque la “hora” ha llegado, es decir, se ha iniciado la parte final de su vida, en la cual es glorificado con su pasión, muerte y resurrección.

En este texto se afirma que es el Padre el autor de esta glorificación y que la glorificación del Hijo es contemporáneamente la glorificación del Padre. Jesús glorifica al Padre cumpliendo la obra de revelación y de salvación confiada por el Padre. Ha recibido la misión de dar la vida eterna a todos los hombres que quieran ser sus discípulos.

En el v. 3 se proclama en qué consiste la vida eterna en conocer al único y verdadero Dios y y al que ha enviado, Jesucristo. Este conocimiento debe entenderse en sentido bíblico, como sinónimo de comunión vital, íntima, profunda. La vida eterna consiste en la comunión con el Padre y con su Hijo.

Jesús, más allá de su misión reveladora, proclama haber glorificado al Padre en la tierra llevando a término de modo perfecto la obra confiada por Dios. Esta obra de revelación y de salvación reúne el cumplimiento pleno y perfecto en la cruz (Jn 19,28.30). Aquí el amor de Jesús para sus amigos llega a la perfección.

El Verbo de Dios, antes de la encarnación, poseía la gloria divina, fruto del amor eterno del Padre (Jn 17,24). Asumiendo la naturaleza humana en su fragilidad y debilidad (Jn 1,14), el Hijo de Dios ocultó su gloria divina (Fil 2,6-7) y la manifestó durante su vida terrena (Jn 1,14; 2,11; Lc 9,31). La gloria divina será comunicada a la naturaleza humana del Hijo de dios en todo su esplendor, con la exaltación en la cruz u con su resurrección y ascensión.

Desde el v. 6 en adelante habla de los hombres que el Padre le ha entregado en el mundo. Los discípulos son uno de los dones más preciosos concedidos por Dios a su Hijo; son la propiedad del Padre, pero se le han dado a Cristo. A estos amigos Cristo ha revelado el nombre del Padre y continuará manifestándolo para que su amor esté con ellos (Jn 17,26). El Hijo es la manifestación del amor de Dios por la humanidad (Jn 3,16). El nombre del Padre indica la persona de Dios en

cuanto al Padre, que es la fuente de la vida divina del Hijo.

Ante la manifestación de Dios como Padre, los discípulos han reaccionado manteniendo su palabra, esto es, creyendo de modo concreto y demostrando amar seriamente al Padre. Jesús ha recibido todo como don del Padre y lo ha entregado todo a los discípulos. La fe de los discípulos tiene por objeto también el origen divino de Jesús enviado por el Padre: ellos han creído que ha salido del Padre y ha sido enviado por él (v. 8).

Jesús precisa que su oración es por los creyentes y no por el mundo tenebroso, porque él, se excluye de la vida y de la salvación rechazando voluntariamente la revelación del Hijo de Dios. Jesús no ruega por el mundo, entendido como la personificación de los poderes ocultos del mal que luchan contra el Padre y contra su enviado.

El reza por los suyos, porque los ama con un amor fortísimo y concreto (Jn 13,1). Los confía al Padre para que los guarde en su nombre, para que sean su propiedad: el Padre y el Hijo lo tienen todo en común.

Como el Padre es glorificado en el Hijo (Jn 13,31-32; 14,13), así el Hijo es glorificado en los discípulos (Jn 17,10) a través de su testimonio, permanece posible a la acción del Espíritu en su corazón (Jn 15, 26-27). De este modo Jesús será glorificado por el Espíritu de la verdad (Jn 16, 14).

Jesús dirige la oración al Padre a favor de los amigos que están en el mundo mientras él vuelve

al Padre. La expresión “Padre santo” es exclusiva de esta plegaria sacerdotal e indica la trascendencia increada de Dios, su esencia, su majestad revelada en la gloria. El nombre santo del Padre “es como un templo, como un lugar en el que Jesús pide que los creyentes sean custodiados" (De La Potterie). Con tal protección Dios se manifiesta como Padre y se hace reconocer como el Santo, el Dios trascendente y omnipotente.

23 mayo 2007

Jn 17,11b-19

En los vv. 11-12 de este relato Jesús afirma por dos veces que el Padre le ha dado su nombre. Lo que significa que”dando su nombre al Hijo, el Padre se hace conocer por él como Padre y al mismo tiempo se le da un amor eterno" (De La Potterie).

La primera consecuencia benéfica de la protección del Padre a los creyentes es su unión perfecta profunda fundada y modelada en la unidad del Padre y del Hijo. Esta temática de la unidad está afecta de fuga en este paso; será uno de los argumentos más importantes del relato que sigue (Jn 17,21-26).

Jesús, con sus cuidados de Buen Pastor (Jn 10, 11 ss), ha impedido la perdición de, antes bien ha obrado su salvación (Jn 3,16-17) y les ha dado la vida en abundancia (Jn 10,10). Cristo sin embargo reconoce que con tal obra de salvación se ha verificado una excepción para el “hijo de la perdición", Judas.

El evangelista ya ha descrito su traición, la invasión diabólica y el ingreso en el reino de Satanás (Jn 13,21.30). Para Juan el traidor es un diablo (Jn 6,70), por tanto se va a la ruina. La traición de Judas no aparece sin significado en el plan de la salvación: debía cumplir la Escritura. Probablemente se alude al Salmo 41,10: "También el amigo en quien confiaba, también él, que comía mi pan, se alza contra mí”...

Jesús reza al Padre por los amigos que está por dejar el mundo y añade que el fin de la oración es favorecer la alegría plena de los discípulos. Para ellos saberse confiados al nombre paterno de Dios, en las manos fuertes y amorosas del Padre, debe ser fuente de alegría perfecta y paz profunda.

Jesús ha guardado a los amigos en el nombre del Padre dándoles su palabra (v. 14), es decir, dándoles la revelación total y definitiva de Dios . Los discípulos se iluminan por la palabra de Jesús: por esta razón el mundo tenebroso los ha odiado. Los creyentes no forman ya parte de del mundo y por este motivo el mundo los odia.

Sin embargo el odio de las tinieblas contra los creyentes, Jesús no ruega al Padre que los quiere del mundo, sino que ruega que los custodie del maligno. Dios custodiará a los discípulos en su nombre santo (v. 11), preservándolos del influjo del demonio y del mal (v. 5), es decir, santificándolos en la verdad (17).

La santidad plena y perfecta está poseída por el único hombre sin pecado (Jn 8, 46; Hbr 4, 15; 7, 26), santificado por el Padre y enviado al mundo (Jn 10, 36); es el Santo de Dios (Jn 6, 69), es la única persona que pertenece totalmente a Dios.

La santidad de los cristianos invocada por Jesús en los vv. 17 e 19 debe entenderse como fidelidad plena al pacto del amor sancionado por la sangre de Cristo, viviendo como auténticos hijos de Dios, propiedad exclusiva del Padre.

El Padre obra la santificación de los creyentes en su palabra y por medio de su palabra. La verdad, que es la revelación total y definitiva del nombre, de la persona del Padre, constituye el ambiente vital en el cual los cristianos deben ser santificados. Esta palabra. Esta verdad es Cristo. El Padre santifica a los creyentes por medio del Hijo, Palabra de Dios.

La santificación es por tanto la vida de comunión filial con Dios por medio de Cristo.

Ser santificados en la verdad significa ser custodiados en la vida filial, en la comunión con el Padre, por medio de nuestra comunión con el Hijo que está unido al Padre.

Una de las consecuencias más inmediatas de la santificación de los discípulos es su habilitación

para la misión. Como el Hijo ha sido santificado y enviado al mundo (Jn 10,36), así los creyentes pueden ser enviados al mundo por Jesús (v. 18) porque el Padre los santifica en la verdad (17 e 19).

Jesús se santifica a sí mismo "en la verdad" como los discípulos, esto es, revelando el nombre del Padre, cumpliendo su misión de enviado por Dios. Jesús se santifica por sus discípulos para salvarlos. La santificación salvífica de Jesús a favor de los creyentes se orienta a la oferta de su vida en el Calvario.

La revelación del amor paterno de Dios, a través del don del Hijo a la humanidad, obra la salvación y la santificación de los creyentes, los cuales podrán vivir en comunión plena con el Padre dejándose llevar en todo por su voluntad, participando así de la santidad de Cristo, causa, fundamento y modelo de la de los discípulos.

24 mayo 2007

Jn 17,20-26

E este punto del capítulo 17 l oración de Jesús se a alarga hasta abrazar a todos los discípulos que en el futuro crean en él por la palabra de sus primeros discípulos. Por ellos pide al Padre el don de la unidad más profunda, moldeada y fundada en la comunión entre el Padre y el Hijo.

El "como" indica el modelo y el fundamento de la unidad de los creyentes. Los cristianos deben inspirarse en el ideal realizado por las personas de la Trinidad; en su vida de comunión deben tender a esta unidad perfecta. Una vida de unión y amor así de profunda en la comunidad cristiana reviste un valor fortísimo para suscitar la fe: "Para que el mundo crea que tú me has enviado" (vv. 21 e 23).

Jesús ha dado a los discípulos la gloria recibida del Padre (v. 22), es decir, ha dejado a los creyentes partícipes de su divinidad. Esta gloria divina refulge de modo único en elijo, por eso Jesús pide al Padre que la contemplen los creyentes (v. 24). El don de la gloria de ser hijos de Dios se ha concedido a los discípulos con vistas a la unidad: "para que sean uno, como lo somos nosotros" (v. 22).

Los cristianos, conscientes de ser hijos del mismo Padre y de formar una sola familia de Dios deben vivir unidos, en perfecta comunión de mente y de corazón, a semejanza del Padre y del Hijo; están insertos en la vida de la Trinidad, porque el Padre está en el Hijo y el Hijo está en los discípulos.

Por tanto, permaneciendo vitalmente unidos a Cristo, los creyentes viven en comunión perfecta con Dios y así se realiza la perfección de unidad.

Tal unidad de los cristianos tendrá un efecto de salvación para la humanidad: suscitará la fe en la misión divina de Jesús y el reconocimiento del amor del Padre por los discípulos. El Padre ama a los creyentes como ama a Jesús y los ama en él.

En el v. 24 Jesús expresa su extrema voluntad: "Padre, quiero". Jesús pide que sus discípulos participen en su gloria en el paraíso. Al malhechor, crucificado con él, Jesús asegura: "Hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lc 23,43).

El paso último de esta oración se abre con la invocación al “Padre justo”: es una variación del “Padre santo” (17,11); ambas invocaciones expresan la trascendencia y la naturaleza de Dios. En el salmo 145,17 los adjetivos justo y santo, referidos al Señor, son sinónimos.

En las últimas invasiones de la oración Jesús recuerda al Padre que él y sus discípulos han reconocido su santidad, es decir, su trascendencia divina. El mudo de las tinieblas no han querido reconocer a Dios porque se refleja en la luz de Cristo y por tanto no puede unir a Dios, porque ninguno va al Padre si no es por medio de su Hijo (Jn 8,19.39ss; 14,6ss).

El hombre Jesús ha reconocido al Padre por la experiencia directa y de manera vital. Sus discípulos se han inserto en esta corriente de luz uniéndose a la fe del Enviado de Dios. di Dio (v. 25).

Al final Jesús retoma la temática de la revelación del nombre del Padre a sus amigos (17,6.26). La manifestación pasada de la revelación ("he manifestado a ellos tu nombre") recuerda el ministerio público de Jesús hasta la hora presente. La manifestación futura ("Yo manifestaré") mira a los sucesos finales de la vida terrena de Jesús, es decir, su glorificación con su pasión, muerte y resurrección y ascensión. La “hora” de Jesús constituye la manifestación plena y definitiva del nombre del

Padre’, de la manifestación plena y definitiva del nombre del Padre, de la manifestación de su amor, del don del amor de Dios a los discípulos. El amor del Padre para los sientes se concede en la exaltación suprema del Hijo (v. 26).

25 mayo 2007

Jn 21,15-19

Al término de la comida con los discípulos, Jesús se dirige Pedro, pidiéndole una profesión de amor, para confiarle su rebaño: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?" (v. 15). Cristo para constituir a Pedro pastor de la Iglesia exige de él un amor más grande que el de los otros amigos.

En su respuesta el apóstol hace mención a la ciencia divina de Jesús llamándolo Señor, evitando así la presunción de considerarse mejor que los otros. La triste experiencia de la negación ha producido su efecto benéfico. Pedro no se enfrenta con los otros, sino que profesa con sinceridad y sencillez su amor por el Señor.

Pedro, después de su declaración de amor, recibe de Jesús la dirección del oficio pastoral: "Apacienta mis corderos" (v. 15); "Apacienta mis

ovejas" (vv. 16-17). Por tanto Pedro es constituido pastor de todo el rebaño, es decir, guía espiritual de toda la Iglesia. Los miembros de la Iglesia pertenecen a Cristo: son sus corderos y sus ovejas. Jesús, antes de dejar definitivamente este mundo, constituye a Pedro su vicario en la misión de guía y de pastor del pueblo de Dios.

Tras haber investido a Pedro de la misión de guía de la Iglesia, Jesús le predice el fin: en la vejez el apóstol experimentará la prisión y derramará su sangre por el Señor. Jesús ha perdonado a Pedro, lo ha rehabilitado y ha hecho de él un hombre nuevo que lo imitará aún en el martirio.

Durante la última cena Pedro había afirmado que quería seguirlo en seguida, ofreciendo su vida por él; Jesús le había replicado que lo seguiría en el futuro.

Después de su resurrección el Señor anuncia a Pedro que este testimonio se lo dará en la vejez (v. 18). A semejanza de Jesús, Pedro glorificará a Dios con el testimonio de la sangre derramada.

Seguir a Jesús es ir con él hasta la muerte (v. 19).

26 mayo 2007

Jn 21,20-25

La predicción de la muerte suscita en Pedro la curiosidad sobre la suerte del discípulo amado que seguía detrás al Maestro (v. 20). Pero Jesús no satisface su curiosidad. Pedro no debe preocuparse del fin del amigo, sino solo siguiendo al Maestro; Jesús podría dejarlo en vida hasta su retorno en la parusía, que no era lejana (fr 1Cor 4,5; 11,26; 1Ts 4,15ss; Ap 3,11; 22,7.12.20).

Probablemente este discípulo amado, conocido por los lectores del evangelio de Juan, debió ser muy longevo; por esto las palabras del Señor a Pedro, reportadas en el v. 22, fueron equivocas y consideradas una profecía de su inmortalidad (v. 23).

Al final de este relato encontramos un segundo epílogo sobre la veracidad del testimonio del discípulo amado y sobre lo incompleto del evangelio de Juan.

Con la hipérbole del v. 25 el autor quiere resaltar que sólo una pequeña parte de las obras realizadas por Jesús se ha puesto por escrito.

Este trabajo re recopilación y de penetración es un gran don por la fe de la Iglesia y de todo discípulo, que por vocación un horizonte sin confines, como el mensaje espiritual de Cristo.

Orígenes escribió: "Primicia de los evangelios es el del segundo Juan, cuyo sentido profundo no puede tomar a quien no haya apoyado al jefe sobre el pecho de Jesús y no haya recibido de él a María como su Madre. El que será un nuevo Juan debe llegar a ser tal que sea indicado por Jesús, por así decirlo, como Juan que es Jesús" (*Comentario del evangelio de Juan*, Torino 1968, 123).

27 mayo 2007

Jn 14,15-16.23b-26

En el relato precedente Jesús ha hablado del amor en perspectiva horizontal: los cristianos deben amarse recíprocamente como Cristo los ha amado- Ahora retoma el argumento del amor, sobre todo en perspectiva vertical.

Las tres personas de la santísima Trinidad habitarán establemente en los creyentes, los cuales deberán ser el templo vivo de Dios. Por eso Jesús no será ya visto con los ojos del cuerpo, pero estaré presente en lo más íntimo y profundo del corazón de sus discípulos, junto al Padre y al Espíritu Santo.

El argumento de los versículos 15-16 es el amor por Jesús demostrado con la práctica de sus mandamientos. Este tema se ha desarrollado

ampliamente en la Primera Carta de Juan, en la cual se enseña que no puede amar a Dios que no ama al hermano y que necesita amar no de palabra, sino de hecho (1Jn 3,16-18). Como el amor del Padre nos ha demostrado en el Hijo unigénito, así los cristianos deben amarse concretamente (1Jn 4,7-21).

Los mandamientos de Cristo que hay que observar son sus palabras (vv. 23-24). La palabra de Jesús es la verdad (Jn 17,17), por tanto la observancia de los preceptos de Cristo indica la asimilación de la revelación del Hijo de Dios, caracterizada por el amor excepcional del Padre por el mundo (Jn 3,16) y de Jesús por los suyos (Jn 13,1).

Por esto se observan los mandamientos de Cristo que se empeña en imitar su caridad heroica hasta el fin de la vida por los hermanos. Si uno ama a Cristo pondrá en práctica su palabra: "Amaos unos a otros como yo os he amado" (Jn 13,34).

Este amor tan fuerte. Exigente y concreto no es posible a la naturaleza humana; por tal empeño heroico es necesaria la intervención del Espíritu de Dios.

Por eso Jesús pedirá al Padre que dé a los sus discípulos el Espíritu de la verdad, para que esté siempre con ellos (vv. 16-17).

El Espíritu Santo tiene la misión de penetrar en el corazón de los discípulos la palabra de Jesús, la verdad. Haciéndolos capaces de observar los mandamientos del Señor y de modo especial el mandamiento nuevo del amor.

En el v. 23 Jesús aclara que su manifestación a los discípulos no tendrá un modo espectacular y extreno, sino que se realizará en lo íntimo de las conciencias, con su venida de junto al Padre al corazón de los discípulos. El reino de Dios no es de carácter político, ni de este mundo, sino que se instaura con la asimilación de la verdad (Jn 18,36-37), observando su palabra.

Con tal interiorización de la revelación de Cristo, los discípulos se quedan en el templo de Dios, y hospedarán a las tres divinas Personas.

En el v. 24 Jesús dice que su palabra, escuchada por los discípulos, es en realidad del Padre que lo ha enviado.

Jesús relaciona su revelación con la acción del Espíritu Santo. El, permaneciendo junto a sus amigos, ha revelado la palabra de Dios (v. 25). Pero ellos no han entendido ni penetrado en el corazón de la verdad; de aquí la necesidad de la intervención del Espíritu Santo. Por tanto no sólo Jesús, sino también al Espíritu Santo que es maestro de fe: él os enseñará todo a los creyentes.

El Espíritu no ejercerá una función didáctica prescindiendo de la revelación de Jesús, sino recordando a los discípulos las palabras de Jesús (v. 26) e introduciéndolos en la verdad completa (Jn 16,13).

28 mayo 2007

Mc 10,17-27

El evangelio de hoy no enseña la verdadera adhesión del cristiano en los temas de la propiedad, pobreza y riqueza. El comportamiento que hay que tener ante los temas de los bienes terrenos se ven con vistas a Jesús: si facilitan o impiden seguir Jesús. De ejemplo presentado por este relato del evangelio aprendemos el papel que ejercen el poder peligroso de las riquezas. Además, con el ejemplo de Pedro y de los primeros discípulos que han dejado todo por Cristo, debemos animarnos a caminar por el camino del desapego y de la pobreza. No a todos, quizá, es indispensable aligerarse de los propios bienes; todos sin embargo deben escuchar la llamada a una total dedicación, que Jesús ve a cada uno aunque de modo diverso. Se trata de hacer espacio a Jesús. Renunciar a sí mismo para seguir a Jesús significa quitar o borrar los ídolos que ocupan el espacio y el tiempo de nuestra vida, y son obstáculo en el reino de Dios.

El hombre de quien habla el evangelio es un observante de la ley (v.20), pero seguir a Jesús es mucho más que el simple cumplimiento de la ley. También el justo tiene un despego que hacer y no está dicho que siempre lo haga. El pecador público Leví (cfr Lc 5,27-28) aceptó la invitación, el hombre rico, justo y observante lo rechazó. Una vocación truncada por causa de la esclavitud de las riquezas. Estas no son inocuas, pero tienden a hacer al hombre esclavo. Cuando

sucede esto, mandan las riquezas y el hombre obedece. La avaricia y la riqueza es verdadera idolatría (cfr Col 3,5) y el apego al dinero es la raíz de todos los males (cfr 1Tm 6,10). El dinero es un óptimo siervo, pero un pésimo dueño. Rechazando la libertad que ofrece, este tal se restringe. Esta tristeza es signo de que la gracia le ha impactado o tocado: su riqueza se opone actualmente al progreso espiritual, pero la misericordia de Dios lo ha hecho consciente de que, haciéndole entender que con sus acciones y observancias no puede obtener en herencia la vida eterna. La tristeza que lo invade es don del amor del Dios bueno (v.18) que incesantemente lo llama. Hasta este punto el apego a sus bienes lo hace ciego: no ve su verdadero bien que es Dios presente en Jesús. En la alternativa o Dios o dinero, elige el dinero. Al fin, en lugar de la alegría de quien ha encontrado un tesoro (cfr Mt 13,44), tiene la tristeza de quien lo ha perdido.

Es difícil entrar en el reino de Dios para aquellos que tienen riquezas (v. 23) y también para los otros (v.24). Un día Jesús habló de quienes reciben la semilla de la Palabra entre espinas: "Son aquellos que han escuchado la palabra, pero el abuso de las preocupaciones y el engaño de la riqueza que le absorben y la sofocan" (Mc 4,18-19). Las riquezas, pero no sólo las riquezas, pueden preocupar y engañar al hombre y sofocan la palabra de Dios en su corazón.

Todos somos demasiado grandes para entrar en el reino de Dios donde entran sólo los pequeños y los niños: somos camellos que intentan búfamente pasar por el ojo de una aguja. Reconocer nuestra imposibilidad es ya un buen punto de partida para llegar a ser pequeños.

Salvarse no es ni fácil ni difícil: es absolutamente imposible al hombre. Sólo Dios puede salvarnos. El oficio de Dios es hacer lo que es imposible al hombre. A nosotros nos corresponde pedir, a pesar de nuestras resistencias contrarias, esta salvación imposible que sólo Dios puede darnos.

29 mayo 2007

Mc 10,28-31

No se escoge la pobreza por sí misma, no se dejan a las personas más queridas por el gusto de dejarlas: eso sería irracional, sería un verdadero mal. Si se elige dejar todo y a todos es por algo ,más grande y sobre todo por Alguien más grande: por seguir a Jesús y dedicar ideales, mente y corazón por el anuncio del evangelio. Son estas finalidades las que dan un sentido a la pobreza y al despego.

En la pobreza Jesús propone al hombre la renuncia al “dios” de este mundo. La pobreza es esencial para seguir a Cristo y es indispensable para tener la vida eterna (v. 17).

En origen con la expresión “el céntuplo”, quizá, se entendía la vida eterna, pero la comunidad cristiana veía este céntuplo en el hecho de que los discípulos de Cristo, al renunciar a la casa, a la familia y a la propiedad, encuentran una nueva

familia, una nueva casa y una nueva en la comunidad. Si bien los creyentes pueden encontrar una cierta compensación en los numerosos “ hermanos, hermanas, madres e hijos”, como en la asistencia material que reciben en el seno de la comunidad, deben sin embargo saber que estamos aún en el tiempo de las persecuciones, tribulaciones y cruz.

También hacer de la comunidad la propia casa puede esconder insidias. Quien busca en la comunión con los hermanos o hermanas de fe una compensación real a cambio de lo que ha dejado, no ha comprendido todavía la llamada para seguir a Jesús hasta la cruz. Jesús se separó de los discípulos más queridos, muriendo solo y abandonado, por la salvación de todos. La comunidad no es en primer lugar un refugio para las personas solas, sino un espacio donde se acogen aquellos que renunciando a los propios deseos por amor a Jesús y se ponen al servicio de los hombres. Ella no es un muro apartado del mundo, sino un punto de partida para ir al mundo.

Las persecuciones son tests de fidelidad a Cristo y al evangelio. El día en que la comunidad cristiana no fuese perseguida se podrían hacer sólo dos hipótesis: o todos son definitivamente cristianos, incluido el diablo, o los cristianos no son ya tales.

"Muchos de los primeros serán los últimos y los últimos los primeros" (v. 31). Esta frase final reasume, de modo vigoroso, la enseñanza de

Cristo en la escalera de valores, retomando el tema de la precedencia, introducido por la discusión en la casa de Cafarnaún (Mc 9,34-35).

30 mayo 2007

Mc 10,32-45

Este relato es la última de las tres predicciones que escandalizan la tercera parte del evangelio. Nunca aparece en el horizonte la meta. El discurso es detallado, claro y explícito. El viaje a Jerusalén tiene como término la consigna al Hijo del hombre.

Es toda una serie de siete verbos puestos en fila con la simple conjunción “y”. Seis – el número del hombre – describen nuestra acción: condenar, consignar, burlarse, escupir, flagelar, matar. Es como la suma de todo el mal, que sintetiza el culmen en la muerte del Hijo. Pero la palabra definitiva respecta a Dios y no a nosotros: “después de tres días resucitará”. Dios que ha dicho la primera palabra (Gen 1), se reserva también decir la última (escatología).

El nos deja libres, pero engloba nuestra acción en la suya, ofreciéndonos un don impensable.

Jesús, Cristo sufriente, el Hijo de Dios muerto y resucitado, humillado y ensalzado, es el misterio de nuestra fe. La cruz de Jesús no es un incidente recorrido, de olvidar en la resurrección. Cristo fue exaltado por su obediencia hasta a la muerte, y muerte de cruz (Fil 2,8-9). Aquí está el misterio de Dios.

La reacción de los discípulos en la tercera predicción de la Pasión es la peor de las precedentes. Después de la primera hay un fuerte punto de vista entre Jesús y Pedro, porque el segundo pensaba al estilo humano y no según Dios (Lc 8,32-33). Tras la segunda hay una incomprensión y el mutismo por parte de todos los apóstoles litigando sobre quién es el más grande (Lc 9,32-33). Después de la tercera esperábamos una comprensión. Parece como si Jesús no hubiera dicho nada. Dos de los predilectos, Santiago y Juan, en vez de escucharlo y hacer si voluntad, queremos que él los escuche y los haga. Es un punto delicado de la fe.

Ciertamente esta verdad y ciertas consecuencias de las propias elecciones de vida son duras de oír. Se nos declaran completamente dispuestos a Dios, pero en realidad se continúa teniendo los propios programas e intereses personales y sueños de grandeza humana. Santiago y Juan no pretender tener el puesto de Jesús, pero quieren ser los primeros después de él. Un modo semejante de actuar en una comunidad puede sólo suscitar rencores, celos, controversias y divisiones.

Jesús vuelve al deber de humildad y del servicio y se pone a sí mismo como modelo al que hay que imitar. No se coloca en la lógica de los grandes de este mundo: no ha venido para ser servido, sino para servir y dar su vida por la salvación de todos. Retoma el discurso de la cruz y precisa el significado. Es ésta: “servir y dar la propia vida en rescate por todos”. El término “rescate” evoca un contexto jurídico: cuando un hombre cae en esclavitud, o se le roba o

secuestra, y no puede pagar el rescate, toca a su pariente más próximo pagar su puesto. Y cuanto ha hecho Dios en los encuentros de Israel. Liberándolo de la esclavitud de Egipto y de todas las esclavitudes sucesivas. En primer plano no está la justicia, sino la solidaridad: el pariente más próximo no debe distanciarse, sino sentirse envuelto hasta el punto de sustituirse al pariente caído en esclavitud, hasta pagar por su liberación, por su salvación. He aquí la lógica de la cruz: la obstinada solidaridad de Dios revelándose a nosotros en Cristo.

El camino de la cruz no es en primer lugar sufrir, sino servir y dar la vida por todos. El discípulo debe seguir a Cristo, siervo sufriente de Dios, hasta el don total de la vida por todos: "Por esto hemos conocido el amor: Ha dado su vida por nosotros: por tanto debemos dar la vida por los hermanos" (1Jn 3,16). Por consecuencia, en la Iglesia hay una sola regla igual para todos: servir y dar la vida. Y la autoridad debe ser entendida y ejercida como la situación en la que la lógica de la cruz se hace más clara, más explícita y más convincente.

Es justo querer estar cercanos al Señor, está bien desear ser como Dios. El mal está en el hecho de que no conocemos al verdadero Dios y creemos ser como él mismo en lo que no es absolutamente. La esencia de Dios, su Gloria, es el amor que se hace siervo y el último de todos. Se está cercano de Jesús, no buscando los primeros puestos, sino el último, porque él se ha hecho el último de todos. La Gloria, sinónimo de Dios, en hebreo significa “peso”. Su amor

excesivo, de lo alto de los cielos lo ha hecho descender hasta nosotros: "Cristo Jesús, siendo de naturaleza divina, no consideró un tesoro celoso su igualdad con Dios; pero se despejó de sí mismo, asumiendo la condición de siervo y llegando a ser semejante a los hombres; de forma humana, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte de cruz" (Fil 2,5-8). Toda nuestra exaltación es vanagloria, vacío, ausencia de peso o valor: la máxima desemejanza de Dios. Su gloria es la bajada a hasta la muerte en cruz, exaltación del amor y fin de toda vanagloria. A su derecha y a su izquierda, en el puesto de Santiago y de Juan, habrá dos malhechores, hermanos y representantes de todos nosotros.

"Sabed que los que se consideran jefes de las naciones lo dominan, y los grandes ejercen el poder sobre ellos" (v. 42). Esta situación es actual todavía. Semejante espectáculo se repite en todos los niveles, donde hay hombres que dan egoísticamente la escalada al poder y abusan de su autoridad. El instinto de dominar está profundamente presente en el corazón del hombre y lo corrompe. Jesús no es un revolucionario político, pero mira a la revolucionar a sus discípulos con el espíritu,

imponiendo su ley fundamental que no sólo veta o prohíbe el dominio, sino que imprime a su comunidad una fisonomía completamente nueva. Para ellos vale el principio paradójico: "Quien se exalta será humillado y quien se humilla será exaltado" (Lc 18,14). Este principio se ha experimentado en la vida de Cristo: "Se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por esto Dios lo ha exaltado y ha

dado un nombre que está sobre otros nombre" (Fil 2,8-9).

La muerte de Jesús es el acto más grande con el cual él actúa su servicio en favor de los hombres. Como Dios acogió el sacrificio de su Hijo, así él pide a todos aquellos que entran en alianza con él, la disponibilidad para el servicio idénticos según el ejemplo de Cristo.

31 mayo 2007

Lc 1,39-56

Después de la anunciación del ángel, María se pone en camino hacia la montaña, con solicitud. Para Jesús es el primer viaje misionero llevado a cabo por medio de la madre, que anticipa la acción evangelizadora de la comunidad cristiana.

Emprende aquí el viaje. El evangelio y la palabra de Dios irá del cielo a la tierra, de Nazaret a Jerusalén en Judea y hasta el confín de la tierra; va sin dudas.

En el saludo de María, que leva a Jesús en el seno, Isabel y Juan encuentran al Salvador. L'a llegada de María a casa de Isabel suscita gran

sorpresa e Isabel expresa la propia maravilla con las palabras pronunciadas de David sobre el Arca de la Alianza: "¿Cómo puede venir a mi el arca del Señor?" (2Sam 6,9).

En la casa de Zacarías se realiza lo que sucederá en Jerusalén después de la resurrección del Señor. "En los últimos días, dice el Señor, infundiré mi Espíritu sobre cada persona; vuestros hijos e hijas se aprovecharán" (HCh 2,17-21; Gl 3,1-5). La historia de la infancia de la Iglesia será la repetición y la continuación de la infancia de Jesús.

Isabel, “llana del Espíritu Santo” (v. 41), conoce el secreto de María, y la proclama: "Bendita entre todas las mujeres y el fruto de tu vientre”. Dios ha bendecido a María con la plenitud de todas las bendiciones que están en Cristo (cfr Ef 1, 3).

María se considera como el arca de la Alianza del Nuevo Testamento: en su seno lleva al Santo, la revelación de Dios, la fuente de toda bendición, la causa de la alegría de la salvación , el centro del nuevo culto.

El saludo de María provoca la exultación de Juan Bautista. El tiempo de la salvación es el tiempo de la alegría.

El cántico de alabanza de Isabel termina con las palabras que exaltan a María: "Feliz el que crea en el cumplimiento de las palabras del Señor" (v. 45). María es la madre de Jesús porque ha obedecido a la palabra de Dios. Y cuando una mujer del pueblo, volviéndose a Jesús, l proclama feliz: "Bendito el vientre que te ha

llevado y los senos que te amamantaron", Jesús precisará y completará la expresión de alabanza, diciendo: "Felices más bien los que oigan la palabra de Dios y la observen" (Lc 11,27-28).

Con un acto de fe comienza la historia de la salvación de Israel; Abrahán sale para un país desconocido con la mujer estéril, solo, porque Dios lo llama y le promete una descendencia bendita (Gen 12). Con un acto de fe comienza la historia de la salvación del mundo; María cree en la palabra del Señor: virgen, madre Dios.

La primera bienaventuranza del evangelio de Lucas es la exaltación de la fe de María. La fe es la virtud que ha acompañado a María en su camino y la ha basado profundamente en el proyecto de salvación de Dios.

Este cántico es mucho más cercano al que entonará Jesús cuando, exultando al Espíritu Santo, descubrirá que la benevolencia del Padre se revela a los pequeños (Lc 10,21-22). María exalta la obra de salvación que Dios está realizando entre los hombres.

Este himno se desarrolla como un mosaico de citas y alusiones bíblicas, que encuentra un paralelo en el cántico de Ana (1Sam 2,1-10), considerado generalmente como su fuente principal desde el punto de vista de la situación como de la temática y de la formulación. Algún exegeta sugiere leer esta cántico de María con el

fondo de la gran liberación del Éxodo y en particular del célebre Cántico del mar (Es 15,1-18.21).

María canta la grandeza de Dios. Reconoce que Dios es Dios. La consecuencia del descubrimiento de Dios grande en el amor y la exultación del espíritu. El descubrimiento del amor inmenso de Dios por nosotros vence el miedo. Quien conoce al verdadero Dios, goza de la misma alegría.

El motivo del don de Dios a María no es su mérito, sino su desmérito, su humildad (de *humus*=tierra, palabra de la que deriva también "hombre"). María es nada absoluto, que sólo está en grado de recibir al Todo.

Dios es amor. El amor es un don. El don es tal en la medida en la que es merecido. Dios por tanto es escuchado en nosotros como amor y don sólo en la medida de la conciencia de nuestro demérito, de nuestra lejanía, pequeñez y humildad objetivas. María es el primer ser humano que reconoce la propia nada y la propia distancia infinita de Dios de modo pleno y absoluta. El mérito fundamental de María es la conciencia del propio demérito: ella reconoce la propia e infinita nulidad.

Por eso, justamente, la Iglesia proclama a María exenta del pecado original, que consiste en la vergüenza antigua que impide al hombre esta humildad confiada, que debería ser típica de la criatura (cfr Sal 131).

La humildad de María no es la virtud que lleve a rebajarse. La suya no es virtud, sino la verdad esencial de toda criatura, que le conoce y acepta: la propia nada, el propio modo de ser tierra-tierra. Todas las generaciones gozarán con ella de su misma alegría de Dios, porque en ella el abismo de toda la humanidad ha sido colmada de luz y se ha revelado como capacidad de concebir a Dios, el Don de los dones.

Dios es amor omnipotente. Lo ha mostrado dándose totalmente a sí mismo. Su nombre (su persona) es conocido y glorificado entre los hombres porque Dios mismo santifica su nombre revelándose y entregándose al pobre.

María sintetiza en una sola palabra todos los atributos de aquella que ha llamado Señor, Dios, Salvador, Potente, Santo: el nombre de Dios es Misericordia. Dios es amor que no puede no amar. Es misericordia que no puede no sentir la ternura hacia la miseria de sus criaturas. San Clemente de Alejandría afirma que “de por sí misteriosa divinidad Dios es Padre. Pero la ternura que tiene por nosotros le hace convertirse en Madre, Amando, el Padre llega a ser femenino" (de *Quis dives salvetur*, 37,2).

María describe la historia bíblica de la salvación en siete acciones de Dios. La descripción con los verbos en pasado significa lo que Dios ha hecho ya en el Antiguo Testamento, pero también lo que se ha cumplido en el Nuevo, porque el

Cántico, compuesto por la comunidad cristiana, canta lo realizado por Dios a la luz de la resurrección de Cristo ya acaecida.

A propósito de esta revolución obrada por Dios, que arruina los poderosos de los tronos y manda con las manos vacías a los ricos, observamos que también ésta es una obra grandiosa y conmovedora de la misericordia de Dios: cuando el poderoso cae en el polvo y sacia al pobre de su indigencia, ellos se han colocado en la condición para ser realzados y saciados por Dios. En la experiencia del vacío y en terremoto o caída de los ídolos, el hombre se encuentra en la condición mejor para buscar a Dios.

En María está presente Dios hecho hombre. En él se realizan las promesas de Dios. Es por la fe en Cristo por el que tiene lugar la descendencia de Abrahán (Lc 3,8). El cumplimiento de la promesa hecha por Dios a Abrahán es definitivo: "En ti serán benditas todas las familias de la tierra" (Gen 12,3).